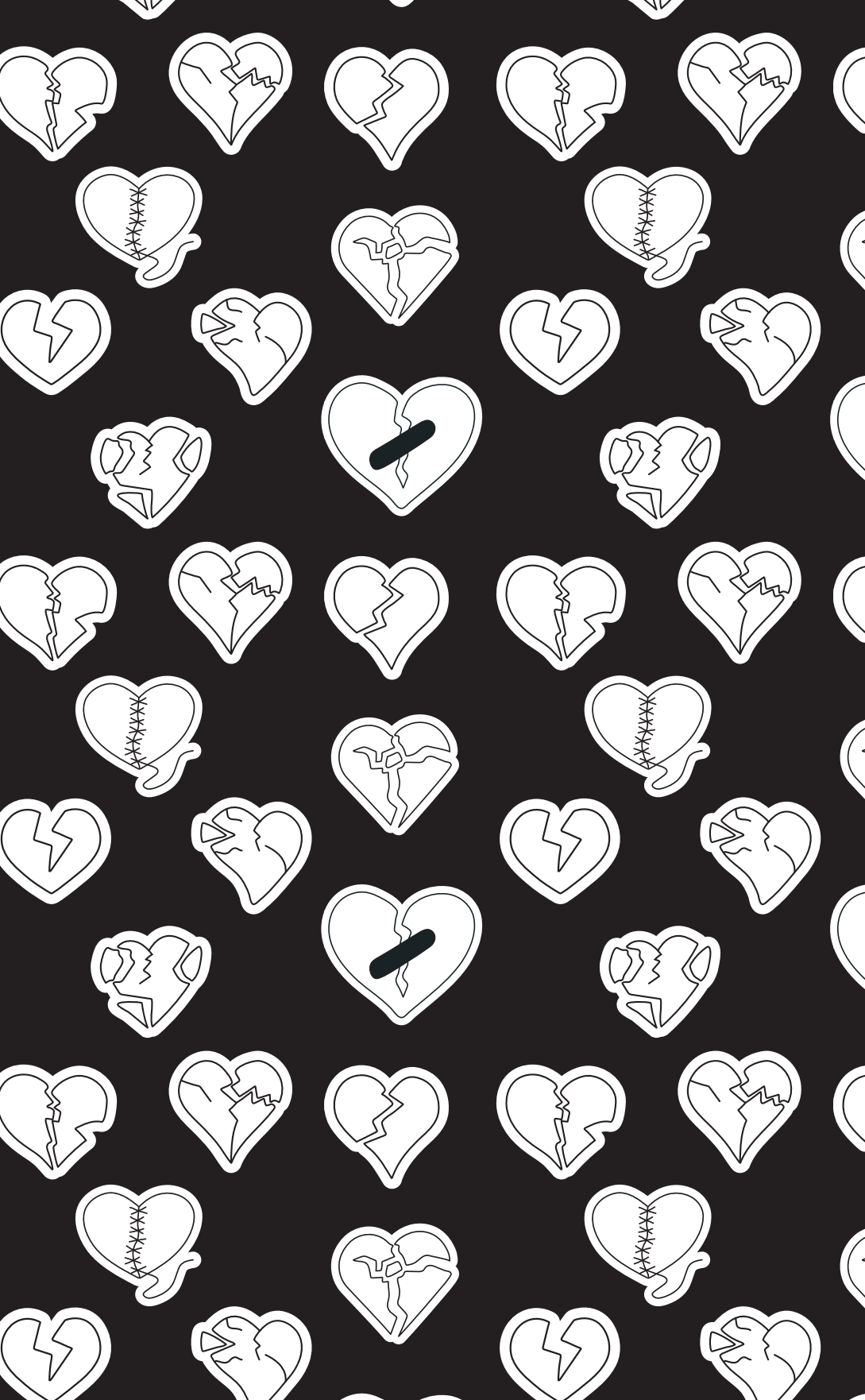


FEARLESS

palabras mudas

FEARLESS
palabras mudas

MARCELA CORNEJO

Durii

A veces tenemos que rompernos
para que, mientras unimos los pedacitos,
aprendamos a conocernos.
No te rindas, sigue tu camino.

Prólogo

Hasta siempre

Jarek

—La he perdido para siempre… —musité con los ojos empañados, viendo a la chica que amaba mezclarse entre la multitud.

—Tomaste la peor decisión que pudiste tomar, Jarek. —Ally fue implacable conmigo, pero me lo merecía—. Sé que la querías y puedo llegar a entender tu despecho, pero… Los actos tienen consecuencias. —Me puso una mano en el hombro.

—Lo sé, y también sé que voy a arrepentirme toda la vida por haberla dejado escapar por mi estúpido orgullo. —Apreté los labios con fuerza.

—Al menos has aprendido que el ego solo te aleja de quienes quieres. —Tocó mi espalda—. Anda… ¿Quieres un abrazo?

En cuanto los brazos de Ally me rodearon, no pude evitar desmoronarme en ellos, dejando salir todo el llanto que me oprimía el pecho.

El destino había puesto ante mí a la chica más maravillosa del mundo, me había permitido conocerla, ganarme su confianza y… lo mandé todo al traste. La traicioné como un cobarde despechado, quería hacerle daño, y lo conseguí… Rompí su corazón

en mil pedazos, pero lo que no sabía era que el mío se quebraría junto al suyo.

«*¿Cómo pude ser tan imbécil?*», me pregunté mientras iba en el taxi. Ally se había ofrecido a llevarme de nuevo al edificio, pero necesitaba estar un tiempo a solas conmigo mismo, unos momentos para reflexionar sobre todo lo que había ocurrido.

Cuando regresé al apartamento, en el que ya no quedaba rastro alguno de Axel, me invadió cierta nostalgia, porque, de alguna manera, sabía que terminaría echándolo de menos a pesar de todo. Aunque, siendo mi amigo como era, debía alegrarme por él, porque había conseguido un trabajo en España, y Axel siempre quiso probar «la vida mediterránea».

No, no le guardaba rencor. Axel Douglas siempre había sido igual de impulsivo, y eso era algo que jamás cambiaría en él, pero, al final, siempre intentaba aprender de sus errores y… bueno, yo también encontraba siempre alguna excusa para perdonar sus fallos, porque eran tantísimos años de amistad que quería intentar no ser demasiado drástico con él. Además, Axel me confesó lo avergonzado que se sentía por haber besado a Beth, me dijo que, por favor, le diese un buen puñetazo y, aunque se lo merecía muchísimo, opté por dejar las cosas como estaban.

Ya había jodido mi relación con Beth: Lina estaba hecha una furia conmigo, Ally se mostraba molesta y Ben estaba entre dos aguas sin saber qué hacer. Tenía a demasiada gente mosqueada conmigo; no quería dejar que mi orgullo me apartase de más personas a las que apreciaba.

Estuve revisando mi teléfono un buen rato, tirado en el sofá de mi casa, pensando en si debía o no escribirle algo a Beth. Al final, tras mucho sopesarlo, supe que lo mejor sería dejarla

marchar, aceptar que, por mucho que doliera, ella ya no formaba parte de mi vida, y que eso sería lo mejor para ella.

Intenté ocupar mi mente en otra cosa, distraerme un poco de mi avalancha de pensamientos, así que decidí que mirar el canal de deportes sería una opción que neutralizaría mi estado de ánimo.

Poco tiempo después, escuché el teléfono vibrar a mi lado, descolgué con pocas ganas, sin saber quién podría estar al otro lado de la línea.

—¿Ya no me llamas, guapetón? —La voz de Bianca me encogió el estómago.

—No —contesté con brusquedad—. ¿Por qué debería hacerlo?

—No pienso dejar que me uses para darle celos a esa niñata patética. Te he ayudado, lo mínimo que merezco es…

—Bianca, por última vez… No. Quiero. Saber. Nada. De. Ti. —Separé las sílabas una a una para enfatizar mi mensaje—. Te lo dejé claro en su momento, pero veo que te cuesta pillarlo.

—Al que le cuesta entender las cosas es a ti, querido —siseó como una víbora—. No pienso permitir que me trates como si fuera un pañuelo de usar y tirar, porque no es justo.

—Me sorprende que precisamente tú quieras hablar de justicia. No quiero que vuelvas a llamarme. Nunca.

—¿Todo por esa pringada? —soltó con asco.

—Pringada… —repetí sopesando sus palabras—. ¿Te das cuenta de lo patética que eres? —Y colgué el teléfono.

Para evitar futuras llamadas de Bianca, con las que quisiera volver a irrumpir en mi vida, ponerla patas arriba y marcharse con mirada inocente, opté por bloquear su número de teléfono, cosa que debería haber hecho mucho antes, pero supongo que más vale tarde que nunca. Aquello fue para mí una forma de co-

menzar de nuevo, pues ese día, tras haber visto cómo se marchaba la única chica de la que me había enamorado como nunca antes lo había hecho, supe que debía mejorar para no volver a ser el imbécil que fui.

Opté por darme un tiempo para mí mismo, para intentar hacer introspección, para poder mejorar; así que, sin pensarlo demasiado, decidí marcharme una temporada a Polonia.

Llamé a mi abuela para preguntarle si podría quedarme un tiempo en su casa, y ella aceptó encantada; incluso aseguró que haría ese postre que tanto me apasionaba en la infancia para celebrar mi visita. Al ver su reacción tan efusiva, supe que aquel era un buen comienzo para el cambio.

Estaba realmente aterrado. No sabía cuál sería la reacción de mi madre si se enteraba de que había recurrido a mi abuela paterna antes que a ella.

«*Mamá va a cabrearse conmigo haga lo que haga, así que…*», argumenté en mi cabeza mientras preparaba la maleta. El primer vuelo hacia Polonia saldría en un par de días, por lo que tuve tiempo de sobra para ultimar detalles y despedirme de mis amigos.

—¿Polonia? —Ben abrió muchísimo los ojos—. Entiendo que necesites un retiro espiritual para encontrarte a ti mismo, recapacitar y todas esas cosas, pero… ¿no es un poco drástico?

—Iré a visitar a mi abuela paterna, creo que me vendrá bien pasar un tiempo con ella. —Suspiré metiendo las manos en los bolsillos—. Necesito su consejo, porque me siento perdido.

—Vas a volver, ¿no? —Ally se mostró preocupada—. Estoy un poco decepcionada contigo por lo que hiciste, pero sigo queriéndote mucho.

—Creo que volveré, lo que no sé es cuándo.

—Seguro que ese viaje es más breve de lo que todos esperáis. —Jenna trató de aligerar el ambiente—. Luego nos reuniremos todos y nos iremos juntos de fiesta.

—A mí, si Jarek no vuelve, no me importaría en lo más mínimo —bufó Lina, quien se había mantenido sorprendentemente callada el resto de la conversación.

—Lina… —Ben le dio un pequeño codazo.

—Entiendo que vosotros seáis amigos suyos, entiendo que él es humano y puede cometer errores, y también entiendo que el despecho puede jugar malas pasadas. —Negó un par de veces con la cabeza—. Pero eso no quita el hecho de que, por su culpa, mi mejor amiga se ha subido destrozada a un avión sin saber si volverá algún día. —Tragó saliva cuando su voz empezó a quebrarse—. Lo siento, pero no puedo darte palabras de aliento que no siento lo más mínimo.

Vi cómo Lina se marchaba con los ojos vidriosos; Ben se disculpó en su nombre y fue tras ella para no dejarla sola.

Ally y Jenna se quedaron completamente calladas, sabiendo que cualquier cosa que dijeran no sería suficiente. Porque Lina tenía razón, hasta yo mismo lo sabía. Beth se había marchado por mi culpa, mi comportamiento de idiota crónico la había empujado a alejarse de todo su mundo, y, conociéndola, seguramente esa decisión sería para siempre.

«*He alejado a Beth de todo cuanto ella amaba…*», me culpé con dureza, «*todo por el maldito despecho…*».

Pasé las dieciséis horas que duró el vuelo culpándome por lo que había hecho, sintiéndome la mayor mierda del universo, sabiendo que nada de lo que pudiera hacer iba a compensar todo el daño causado.

Cuando salí del aeropuerto de Varsovia, pronto encontré el coche de mi tío Vladimir aparcado.

—¡Qué alegría volver a verte en persona! —Me abrazó, dando dos palmadas sonoras en mi espalda—. ¿Cómo estás?

—He tenido mejores momentos, tío Vald —confesé sin querer entrar en demasiados detalles—. ¿Tú cómo estás?

—Compré una pequeña granja, ahora criamos animales y obtenemos de ellos algunas materias primas —comentó orgulloso.

Mientras mi tío hablaba alegremente de su nuevo proyecto, condujo hasta Kazimierz Dolny. El pueblo de mi infancia se encontraba a dos horas de Varsovia, pero ese trayecto solía hacerse más ameno con los chistes malos de mi padre y las risitas que soltaba mi madre de vez en cuando. «*Qué feliz que era en esa época, y lo desconocía*…», recordé con nostalgia.

Cuando me encontré frente a la casa de mi abuela, una avalancha de recuerdos sacudió mi memoria, desfilando todos al mismo tiempo, como si de una comparsa emotiva se tratase.

—¡Jarek! —gritó mi abuela desde la terraza—. ¡Qué alegría!

Bajó las escaleras a toda velocidad. A pesar de su edad, la mujer se encontraba de lo más ágil y, en cuanto llegó a la entrada, me abrazó con muchísima fuerza.

—Oh, mírate… —me observó de arriba a abajo, cargada de orgullo—. Estás guapísimo, mi niño.

—Me alegra mucho verte, abuela. —Le di un beso en la mejilla.

—He preparado *makowiec*, y me ha salido… —empezó a asentir, orgullosa de su trabajo—. Pasa, pasa. —Se metió en la casita—. Ya sabes dónde está tu cuarto, puedes ir a dejar tus cosas, mientras tanto, cortaré un poquito de *makowiec* para que repongas las energías que has perdido en el camino.

El tiempo parecía no haber pasado por la casa de mis abuelos. Aún conservaban el felpudo de la entrada, las fotos de todos sus hijos y nietos seguían presentes en cada estantería del pasillo y la alfombra de las escaleras mantenía su color rojizo brillante. La luz cálida alumbraba las escaleras, que llevaban al piso superior, donde se encontraban los dormitorios y dos cuartos de baño grandes.

Al entrar en mi antiguo dormitorio, me sorprendió ver que aún tenía colgados en las paredes algunos pósteres de coches, y también pude ver uno de mis trofeos de baloncesto.

«*Vaya… Pensaba que lo habría perdido…*». Lo cogí con cuidado, como si fuese a desaparecer solo con tocarlo.

Dejé la maleta sin abrir frente al armari y me dejé caer sobre la impoluta cama.

—Jarek, Jarek… —me dije a mí mismo en voz alta—. Tenemos mucho trabajo por delante… —suspiré clavando la mirada en el techo.

«*He querido dilatar demasiado esto, pero es hora de dejarte ir de verdad…*». Cerré los ojos con fuerza. «*Hasta siempre, Beth…*».

No era solo un adiós. Era la sentencia que me obligaría a convertirme en alguien mejor… O me arrastraría para siempre entre los escombros de lo que fui.

Prólogo

Hasta siempre

Beth

«*¿Por qué narices ha venido al aeropuerto?*», pensé, abrochándome el cinturón de seguridad, «*Fue demasiado claro en nuestra última conversación*». Me recoloqué en mi asiento antes del despegue. «*¿Debería haberle escuchado? No*». Mi voz interior fue tajante. «*Jarek Nowak ha demostrado ser el capullo imbécil que siempre supimos que era. Así que basta de pensar en ese estúpido, centrémonos en lo que está por venir*».

El viaje en avión lo pasé durmiendo la mayor parte del tiempo y, en los momentos en que estuve despierta, empecé a garabatear algunas ideas en mi libreta. Normalmente, cuando escribía, solía hacerlo sobre sucesos que me habían ocurrido y, debo decir que en esos momentos tenía material más que suficiente para plasmar sobre el papel.

Cuando pisé suelo italiano, rápidamente saqué el teléfono para comprobar quién debía ir a recogerme. Según la agencia de Erasmus Plus, enviarían a un encargado que sería mi «guía» durante esta experiencia. Su nombre era Giovanni D'Angelo. En la llamada que mantuve con la empresa en cuestión, me comen-

taron que mi «guía» sería reconocible porque llevaría un cartel con mi nombre.

Busqué algo de esas características por todos lados, hasta que mis ojos se encontraron con una pancarta de dimensiones exageradas y colores chillones en la que ponía: «*Benvenuta*, Elisabeth Swan».

—¿No había algo más llamativo? —pregunté con sarcasmo.

—Sí, pero traer un helicóptero con una pancarta en la que pusiera tu nombre se salía de nuestro presupuesto —bromeó con un fuerte acento italiano—. Mi nombre es Giovanni D'Angelo.

—¿Tú vas a ser mi «guía»? —abrí mucho los ojos.

Ese muchacho tendría más o menos mi edad. Tenía el pelo castaño y liso, algo revuelto, los ojos marrones tras unas gafas de pasta y unas mejillas rosadas con pecas. Sinceramente, ese no era el estereotipo que había imaginado para mi mentor; más bien pensaba que sería algún hombre de mediana edad con poco pelo y mal carácter, así que estaba más que satisfecha, pero demostrarlo sería parecer una chica impresionable, y esa no era la primera impresión que quería causar nada más llegar.

—¿Decepcionada? —alzó las cejas.

—Sorprendida —asentí un par de veces.

—¿Eso es bueno? Lo tomaré como algo positivo. —Sonrió ampliamente—. Deja que te ayude con las maletas, tenemos mucho que hacer.

—¿Vamos a empezar a trabajar ya? —fruncí el ceño.

—No, pero quiero enseñarte todo esto, y… ¡tienes muchas cosas que descubrir! —me guiñó un ojo.

Fuimos en taxi hasta la residencia donde me alojaría durante mi estancia en Italia. Se trataba de un edificio con aire muy moderno y decoración principalmente minimalista; no había

ostentación alguna, a lo sumo algunas plantas para aportar un toque ligero de color a los tonos neutros de las paredes.

Quedé más tarde con Giovanni para cenar; ese chico no aceptaba un no por respuesta y, en cierto modo, sabía que me vendría bien contar con alguien de mi edad en un sitio tan nuevo como ese. Aproveché para darme una ducha refrescante —mis músculos lo agradecieron bastante después del viaje en avión— y, sintiéndome mejor, me reuní con mi guía italiano.

Aquella noche descubrí que Giovanni era un chico con muchísima energía, siempre pensando en cuál sería el siguiente plan. En un par de horas fue capaz de contarme con pelos y señales todo lo que veríamos juntos durante aquel año de Erasmus.

—¿Emocionada? —movió las cejas arriba y abajo, divertido.

—Abrumada, más bien —solté casi sin pensar—. Eh… Quiero decir…

—Tranquila, a veces puedo ser un poco intenso —rio mientras le daba un sorbo a su copa de vino—. ¿Qué tal si de momento nos centramos únicamente en el día de mañana?

—Sería estupendo —asentí, ya más cómoda.

Giovanni me habló sobre cuál sería mi horario de trabajo y la forma de retribución de las prácticas, y también aprovechó para ponerme en contexto sobre los compañeros.

—Ahora dejemos el trabajo para mañana. Me gustaría conocerte un poco más, porque solo sé de ti que eres de San Francisco—. Se inclinó ligeramente hacia delante.

—Bueno… Tampoco hay mucho que contar. —Me encogí de hombros—. Me gusta ver películas, escribir… Soy una chica bastante aburrida.

—Pues a mí me pareces bastante interesante. —Inclinó la cabeza hacia la izquierda—. Simplemente te cuesta entrar en confianza.

—Puede ser… —empecé a jugar con mis manos, nerviosa.

—No te preocupes. —puso su mano sobre las mías—. Tenemos tiempo de sobra para conocernos y entrar en confianza.

Había algo en Giovanni que me generaba seguridad, tal vez su gran sonrisa o esos ojillos marrones que observaban todo a su alrededor. No sabría decir qué era; solo sabía que me hacía sentir bien y quería aferrarme a ese sentimiento.

Esa misma noche, tumbada en la cama, me hice una promesa a mí misma, una que pretendía cumplir por muy difícil que pudiera llegar a parecer. «*Vamos a olvidar a Jarek y haremos como si nunca hubiese vuelto a aparecer en nuestra vida*», traté de convencerme. «*País nuevo… Beth nueva…*».

Con ese pensamiento en mente, al día siguiente me mostré mucho más receptiva con Giovanni. El italiano me llevó a desayunar a una cafetería típica, después pasamos toda la mañana trabajando juntos y, para comer, nos juntamos con algunos amigos suyos.

Si él era un torbellino, sus amigos estaban aún más locos. No dejaban de bromear diciendo que Giovanni sería un novio ideal, haciendo que ambos nos pusiéramos colorados en más de una ocasión.

—No les hagas ni caso, les gusta molestar a todo el mundo —susurró Giovanni en mi oído—. Tienen celos de que una chica tan guapa como tú haya venido conmigo y no con ellos. —Me guiñó el ojo mientras sacaba la lengua, divertido.

«*¿Acaba de lanzarnos un piropo?*». Noté cómo los colores me subían aún más. «*¿Debería devolverlo? Será mejor que no le sigas el*

juego», entró en escena el miedo. «*Si lo haces, podríamos volver a hacernos daño*». «*Pero podríamos intentar divertirnos, probar a ver qué pasa*», rogó la esperanza. «*Tenemos demasiado reciente lo de Jarek, y sería injusto usar a Giovanni como el clavo que saca a otro*», decidió por fin la cordura.

Pasé por alto el piropo de Giovanni limitándome a sonreír, y aparté la mirada buscando alguna otra distracción en el bar. Durante el resto de la quedada traté de esquivar sus ojos, obligándome a mantener las distancias y, al mismo tiempo, intentando no levantar sospechas.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció cuando ya salíamos todos del bar—. Puedo llevarte con el coche, si quieres.

—No, no te preocupes. —Traté de rechazarlo de forma cortés—. Me vendrá bien caminar después de todo lo que hemos comido.

—Vale, pero… ¿va todo bien? —frunció el ceño.

—Sí, por supuesto que sí. —Simulé sorpresa—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque desde que te he dicho que eres guapa te has vuelto más distante. —Alzó una ceja—. Siento si te ha molestado el comentario, pero no lo he hecho con mala intención.

—No, no es eso… —dije apresuradamente—. Es… Es… Es complicado.

—Si quieres hablar de ello, puedo intentar entenderte —se ofreció con amabilidad.

«*¿Debería hablarle sobre Jarek? ¿Y si se ríe de nosotras?*», titubeó el miedo. «*¿Y si su perspectiva nos ayuda?*», animó la esperanza. «*Por intentarlo no perdemos nada*», terminé zanjando mi debate interno.

—Vale, pero… ¿podría ser en un sitio algo más apartado? —Me puse nerviosa al ver que la gente caminaba demasiado cerca de mí.

—Mi apartamento no queda demasiado lejos; si quieres podemos tomar un café o una infusión allí para que puedas estar más relajada —ofreció el muchacho.

—Sería perfecto —acepté sin dudar.

Mientras caminábamos hacia su piso en silencio, empecé a pensar que tal vez fuera algo extraño confesarle mis sentimientos más profundos a un completo desconocido, pero, al mismo tiempo, pensé que Giovanni no conocía, ni conocería nunca, a Jarek, así que… ¿qué podría perder?

Su apartamento no era demasiado grande; tenía un dormitorio principal, un baño y una cocina abierta con un salón bastante amplio. La decoración era más bien escasa: solo había alguna foto suelta y un par de cuadros de inspiración urbanita.

Giovanni me ofreció asiento en un sofá blanco muy cómodo y, al poco tiempo, regresó con un par de infusiones humeantes entre las manos.

—Mi abuela decía que las penas con té son menos penas —comentó acomodándose a mi lado—. No es necesario que me cuentes nada si no te apetece, solo quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—La verdad, creo que me vendría bien soltarlo —le dediqué una sonrisa ligera.

—Soy todo oídos —acarició con suavidad mi brazo.

Empecé contándole todo desde el principio: mi obsesión adolescente por Axel Douglas, el disparatado plan que me unió a Jarek, lo estúpida que fui al enamorarme como una idiota del po-

laco y la traición que me hizo dar el paso para aceptar el Erasmus, con la intención de no volver jamás a San Francisco.

Al escuchar toda la historia, Giovanni se quedó callado unos instantes, procesando la información. Dejó la taza en la mesa y, repentinamente, me abrazó con fuerza.

—Gracias por confiar en mí para contarme esto —susurró con suavidad.

—Gracias a ti por querer escucharme —tragué saliva, intentando evitar que las lágrimas brotaran de mis ojos.

—No te conozco todavía y ya sé que eres una chica increíblemente maravillosa, que se merece que la quieran y la cuiden. —Se separó de mí, poniendo sus manos en mis hombros—. Alguien capaz de traicionarte no merece que derrames por él ni una sola lágrima. —Recogió con el dedo índice una diminuta gota que recorría mi mejilla de manera furtiva.

—Tienes razón —asentí, limpiándome las lágrimas que habían escapado—. Por eso he venido a Italia, para poder curar mis heridas y ser una mejor versión de mí.

—Y yo estaré a tu lado para todo lo que necesites —aseguró mirándome fijamente a los ojos.

Tras la conversación con Giovanni, decidí volver andando sola. Necesitaba un momento para mí misma, un ratito para ordenar todos mis pensamientos.

«*Jarek Nowak, debo dejarte ir si quiero ser feliz*».

Vi cómo una lagrimita caía sobre mi abrigo.

«*Hasta siempre, Capullo Encantador*».

Alcé la vista. Italia me esperaba. Y esa vez, el principio era solo mío. Había elegido la única historia que nunca me traicionaría: la mía.

1

En el punto de partida

Beth

Ya había pasado un año y medio desde que me marché de San Francisco. Gracias a Giovanni, las prácticas se hacían de lo más amenas, y tuve la oportunidad de visitar un montón de pueblecitos y ciudades singulares.

Todo el tiempo tenía la mente ocupada; incluso cuando me encontraba en soledad, siempre me imponía tareas, aunque fuera algo tan simple como ir a alguna tienda de conveniencia a por un paquete de chicles. No quería dejarle tiempo libre a mi mente; sabía de sobra que, si lo hacía, el fantasma de Jarek se expandiría como la pólvora en mis pensamientos, y era algo que no estaba dispuesta a permitir.

Durante todo ese tiempo, su nombre revoloteó por mi mente casi a diario. Eran pensamientos breves, pequeños *flashes* sobre acontecimientos del pasado o escenas ficticias que mi cerebro imaginaba; sin embargo, a pesar de su presencia constante, no le permitía quedarse más que unos instantes.

Intenté mantener contacto cero, borrarlo incluso de mi mente, pero no salió demasiado bien. Así que me permití pensar

en él de vez en cuando, dejando sanar mi corazón para poder recomponer, poco a poco, todos los pedazos.

—Señorita Swan. —La voz de mi jefa me devolvió a la realidad—. ¿Ha terminado el texto que le solicité ayer?

Aquella mujer era de lo más amable y comprensiva, pero le encantaban las cosas entregadas a tiempo; de lo contrario, tendía a mosquearse bastante. Tenía el pelo negro y liso colocado por detrás de las orejas, unas gafas de pasta blanca enormes que cubrían sus ojos marrones y unos labios extremadamente delgados.

Traté de ganar algo de tiempo alargando más de la cuenta un dubitativo «Eh…», pero, viendo que no se me ocurría ninguna excusa coherente, opté por lanzar una verdad a medias.

—Estoy ultimando unos detalles, en una hora se lo enviaré por *e-mail* —resolví con una sonrisa.

—Estupendo, quedo a la espera de su correo. —Se marchó de lo más complacida.

Giovanni, que estaba sentado a mi lado, era más que consciente de que no había escrito todavía ni medio artículo. Me miró alzando una ceja, negó con la cabeza un par de veces y me dedicó una sonrisilla de medio lado.

—Espero que tengas la capacidad de ponerle un cohete a tus dedos, porque la vas a necesitar —bromeó el italiano.

Me limité a poner los ojos en blanco como respuesta y empecé a teclear frenéticamente el artículo que tenía pendiente. Borré unas cuantas líneas, reescribí otras tantas, cambié mil expresiones y releí el texto unas veinte veces; pero, finalmente, quedé complacida con mi trabajo y sentí una sensación de plenitud al darle al botoncito de «enviar».

—Me han sobrado cinco minutos. —Le guiñé un ojo a Giovanni con superioridad.

—Si no tuvieras la cabeza en las nubes, lo habrías acabado ayer… —reprochó—. ¿Sigues imaginando escenas que nunca pasarán?

Le había confesado toda mi situación. Él estaba conmigo día a día y no podía ocultarle mis preocupaciones ni aunque quisiera, porque ese muchacho parecía un detector de mentiras viviente.

—Es mi forma de curar la herida —traté de excusarme.

—¿Piensas curar una herida abriéndola constantemente? —alzó las cejas con incredulidad.

—Entonces… ¿qué hago? —pregunté pasándome las manos por la cabeza.

—Tienes muchas opciones, pero las más sensatas son: terapia de choque o contacto cero. Esta última incluye también los pensamientos, que nos conocemos… —Cerró su portátil—. Beth, sabes que tendrás mi apoyo en todo lo que decidas hacer, pero no puedes estar entre dos aguas, olvidándolo sin olvidarlo. Así solo te harás más daño.

—¿Crees que tendría que hablar con él de nuevo o dejar de pensar en él para siempre? —resoplé masajeándome la sien—. Hablar como si nada con alguien que me ha tratado como si fuese una mierda… —negué con la cabeza.

—Pues, en ese caso, ya tienes tu respuesta .—Se encogió de hombros—. Tengo una noticia que te va a animar un poquito.

—Cuéntame —mostré menos entusiasmo del que esperaba.

—Como soy «tu mentor», me han dejado que sea yo quien te comunique que has pasado el periodo de prueba, agradando mucho a los directivos, y te ofrecen la oportunidad de teletrabajar. —Desveló la sorpresa con un gesto dramático, acabando con un sonoro «tarán».

—Entonces… ¿el puesto es mío? —abrí mucho los ojos—. ¡Es genial! —Abracé a Giovanni con fuerza.

Me separé de él, empezando a darle vueltas de nuevo a una idea que rondaba mi mente desde que me hablaron de la posibilidad de trabajar desde casa.

«*¿Debería volver a San Francisco?*», materialicé en mi cabeza la pregunta del millón.

—Tienes dudas sobre quedarte o marcharte, ¿verdad? —adivinó, como si pudiera leerme el pensamiento.

—Es genial estar aquí, tus amigos me caen superbién y todo es superbonito… —intenté dejar claro que mi decisión no se basaba en el lugar como tal.

—Pero añoras a tus amigas de Estados Unidos. —Terminó la frase por mí—. Es normal plantearte volver, y estás en todo tu derecho de hacerlo. Nadie te pondría ninguna pega.

—En San Francisco tendría a muchas personas que adoro, pero también debería enfrentarme a todos los recuerdos que aún viven en esa ciudad… —dejé salir todo el aire de mis pulmones, al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás.

—Tal vez esa sea una buena terapia de choque —comentó Giovanni, arrimando su silla a la mía—. Podría ser la oportunidad que necesitabas para probar una nueva estrategia.

—Marcharme… Enfrentarme a los fantasmas de mi pasado… Despedirme de ti… —resoplé de forma sonora—. La balanza está muy igualada para ambas opciones…

—¿Se inclinaría más hacia la opción de marcharte si te digo que tengo pensado irme a San Francisco en menos de un mes? —preguntó con inocencia.

—¡¿Cuándo pensabas decirme eso?! —le pegué un manotazo con ganas—. Y lo más importante… ¿por qué San Francisco? —fruncí el ceño con cierta desconfianza.

—No quería decirte nada hasta que no tuviera todo decidido, pero resulta que mis primos, Angelo y Fanny, se han mudado all y me han ofrecido irme a vivir con ellos un tiempo para cambiar de aires —comentó el italiano con calma—. No sabía si aceptar o no su oferta, no quería despedirme de ti, pero, cuando supe que podrías teletrabajar, acepté sin dudar.

—Tenías claro que iba a pensar en marcharme… ¿Tan predecible soy? —pregunté con cierta indignación en la voz.

—No es que seas predecible —sonrió con diversión—. Lo que ocurre es que me fijo en cómo te brillan los ojos cuando hablas con Lina, en la forma en que te tiembla la voz cuando te despides de Ally. —Tragó saliva, un poco nervioso—. También he visto que sonríes cuando recibes un mensaje de Jenna o Ben, y que incluso te hace ilusión chatear esporádicamente con Axel.

—Vaya… —lo miré con una mezcla de admiración y sorpresa—. Te fijas mucho en los pequeños detalles.

—Me fijo en cualquier cosa que me pueda ayudar a conocerte mejor —soltó sin pensar, poniéndose colorado casi al instante.

«*¡Aww, es monísimo!*», chillaba una parte de mí. «*Olvida al capullo de Jarek y céntrate en este muchacho… ¡que vale oro!*». «*No caigas en el tópico de un clavo saca otro clavo, no sería justo para Giovanni*», me advirtió mi conciencia. «*Aún no hemos olvidado a Jarek*», confesó mi corazón.

Volví a la realidad justo en el momento en que vi que Giovanni pasaba la mano un par de veces por delante de mi cara, preguntándome si me encontraba bien.

—Estabas muy distraída… —comentó el chico riéndose.

—Estaba pensando en que voy a volver a San Francisco. —Tomé la decisión de forma precipitada, sin pensarlo en lo más mínimo.

—¡Genial! —Se levantó emocionado—. ¿Quieres que intentemos poner asientos contiguos para ir juntos?

—Sería estupendo —asentí, emocionada.

Los preparativos duraron mucho menos de lo que esperaba. El tiempo parecía correr de forma frenética y, cuando quise darme cuenta, ya estaba subida en el avión, con Giovanni a un lado y, al otro, la ventanilla por la que veía cómo la ciudad se hacía más y más pequeña hasta que desapareció entre las nubes.

Giovanni me preguntó varias veces si me encontraba bien, preocupado por mi reacción ante el hecho de tener que enfrentar todos los recuerdos de golpe. Yo le dije que todo estaba bien y, para mi sorpresa, fue una respuesta sincera.

Había pasado las últimas semanas tratando de mentalizarme, intentando imaginar cómo sería volver a ver a Jarek, y en todos esos supuestos imaginarios me temblaban las piernas. Hablé con Lina sobre el tema, contándole los miedos que me surgían, y en el momento en que ella me dijo que Jarek se había ido a Polonia, algo en mi interior hizo *click*; era como si aquella fuese la señal que estaba esperando mi cerebro para abandonar casi por completo los nervios.

Nada más aterrizar en San Francisco, ya tuve el primer incidente, pues, al parecer, habían extraviado las dos maletas que facturé. Hablé en varias ocasiones con los encargados y todos me decían que tenía que esperar, que seguramente fuese una demora puntual.

—Giovanni, no quiero que hagas esperar a tus primos por mi culpa… —comenté, empezando a ponerme nerviosa—. Será mejor que vayas con ellos, ya me las apaño yo con este tema.

—No me gusta la idea de dejarte sola —frunció el ceño.

—Tranquilo, estaré bien —aseguré tratando de mostrar calma.

Tras preguntarme varias veces si estaba segura, el italiano terminó recogiendo sus maletas y yéndose con sus primos.

Esperé durante dos horas, hasta que por fin pude vislumbrar las dichosas maletas. Fui hacia ellas bastante contenta y logré sacar sin apenas esfuerzo la de color azul, pero la naranja empezó a dar problemas, puesto que una de las hebillas se había atascado.

—Oh… ¡Venga ya! —le grité a la maleta mientras tiraba de ella con todas mis fuerzas—. Esto no puede estar pasándome… —tiré más fuerte, viendo cómo la cinta llegaba a su fin—. ¡Mierda!

En el último tirón logré desatascar la maleta, pero, por inercia, terminé cayéndome al suelo, y la maleta acabó dándose un golpe tremendo; tal fue el porrazo, que se abrió de par en par, dejando al descubierto toda mi ropa interior.

—Mierda… Mierda… ¡Mierda! —empecé a maldecir, recogiendo todas mis pertenencias lo más rápido que podía.

Logré guardar todo en la maleta, o eso pensaba yo, hasta que vi volando mi sujetador rojo por culpa de una fuerte corriente de aire.

—¿Por qué narices tendrán las ventanas abiertas? —gruñí, persiguiendo mi sujetador como una loca.

¿Habría sido más fácil dejarlo marchar y darlo por perdido? Seguramente sí, pero siempre fui una persona cabezota y no pensaba dejarme ganar por una maldita prenda íntima.

Claro que el dichoso sujetador no terminó de jugar conmigo hasta que decidió caer, justamente, sobre la cabeza de un muchacho que estaba recogiendo sus maletas en la cinta de al lado.

—Perdón, perdón, perdón… —empecé a disculparme apresuradamente—. Me he peleado con la maleta, se ha abierto y… —quedé paralizada al reconocer el ligero olor a cítricos mentolados.

«*Por favor, que no sea él, por favor…*», le rogué al destino.

—No te preocupes. —El chico se dio la vuelta, desvelando que, efectivamente, era Jarek—. Beth… —abrió mucho los ojos al reconocerme—. No esperaba…

«*Destino…, ¿por qué me odias tanto? ¿Por qué me haces esto?*». Tragué saliva con dificultad.

—Yo tampoco esperaba verte —le quité el sujetador de la mano de un tirón.

—¿Vienes a pasar unos días o…? —se quedó callado antes de acabar la frase.

—No es asunto tuyo —respondí con total sequedad.

Tras aquella contestación tan hostil, me colgué la mochila al hombro y empecé a caminar hacia delante estirando de las dos maletas grandes.

«*Beth… Volvemos a estar en el punto de partida*», suspiré profundamente, siendo consciente de que la herida se abriría de nuevo.